

res: amarás á tu prógimo, y (*han añadido malamente*) tendrás odio á tu enemigo; yo os digo mas: amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os calumnian y persiguen. Antes se os decia, que exigieis ojo por ojo, diente por diente; pero yo os mando que seais tan perfectos, que al que os diere una bofetada en la megilla derecha, presenteis la izquierda, y al que os robe la túnica le cedais tambien la capa. Se os mandaba no abandonar la esposa sin darla antes libelo de repudio; pero yo os digo, que cualquiera que despidiere á su muger, si no es por causa de adulterio, la espone á ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es asimismo adúltero. Sabed tambien, que ya ha cometido adulterio en su corazon el que mira con ojos deshonestos á una muger. Os prohibia solo la ley antigua profanar el nombre de Dios; pero yo os vedo que jureis inútilmente ni aun por las criaturas en quienes debéis venerar al Criador. (1) No solo os abstendreis de las obras exteriores, sino tambien de los pensamientos y malos deseos que manchan al hombre, y corrompen su corazon, de donde proceden las malas acciones. No os tendreis por inocentes en los egercicios mismos de la virtud, si no procuráis purificar la intencion y los motivos. No publiqueis con trompetas la limosna cuando la hiciereis, como acostumbra los hipócritas; antes bien no sepa vuestra mano izquierda lo que da la derecha. No ansieis la vana recompensa que consiste en el aplauso del mundo, si-

(1) *Math. cap. 6. v. 1. y sig.*

no solo el agradar á vuestro Padre celestial que lee lo mas oculto de los corazones. No reunais tesoros que consume la polilla y puede robar el ladron; atesorad sí para el cielo, y elevad allí todos los deseos de vuestra alma. Es necesario, en una palabra, que seais perfectos como lo es vuestro Padre celestial.”  
 ¡Qué máximas, qué legislacion tan sublime! Pero el Salvador confiere la gracia para seguir su doctrina, y la hace grata á las almas mas pervertidas, muy diferente de todos los demás legisladores que proponian reglas sin dar auxilios para practicarlas. Convierte á los pecadores públicos en maestros y modelos de perfeccion: hace con una sola mirada que Mateo el publicano lo deje todo (1), y venga á ser uno de sus mas celosos operarios. Zaquéo (2), el principal de aquellos publicanos tan infamados, egerce una liberalidad que confunde el orgullo Farisaico, y su piedad y humildad igualan á las de los mas fieles. Hace una penitencia tan egemplar la pecadora de Jerusalem (3), que su nombre es elogiado con el de los justos de quienes hace mencion el Evangelio. La desenvuelta Samaritana (4) no solo renuncia á sus desórdenes y al cisma, sino que llega á ser el Apóstol de sus convecinos. Arrepíentese el Ladron en la cruz tan prodigiosamente (5), que el mismo dia en que le proscriben en la sociedad de los hombres, participa de la felicidad de los Ángeles.

(1) *Math. cap. 9. v. 9.* (2) *Luc. cap. 19. v. 2. y sig.*

(3) *Ibid. cap. 7. v. 37. y sig.* (4) *Joan. cap. 4. v. 7. y sig.*

(5) *Luc. cap. 23. v. 42. y 43.*

Acerca á la perfeccion á las almas flacas el divino Autor de la ley de gracia, y concede á los espíritus menos penetrantes la mas alta inteligencia de las cosas de Dios. La mayor parte de los Judíos, aunque impuestos en la Ley y en los Profetas, no sabian explicar el primero de nuestros misterios; y si en el nombre del Dios de Israel, *El que es*, comprendian de un modo genérico la independencian, y la infinita perfeccion de su Ser, no alcanzaban á penetrar su Esencia en tres Personas distintas igualmente perfectas.

Salomon propuso á los Hebreos en sus mas felices tiempos esta cuestion singular (1): *¿Decidme, si lo sabeis, el nombre de Dios y de su Hijo?* Ahora pues, Jesucristo nos enseña á todos que este nombre misterioso es el del Padre, que engendra de toda eternidad á un Hijo igual á sí, y que el nombre de este Hijo, que es el retrato de su substancia y la imagen natural de todas sus perfecciones no es otro que el nombre del Verbo. Conocemos del mismo modo al Espíritu Santo con el Padre y el Hijo, que es el Amor substancial del uno y del otro, y el vínculo eterno de su union. El Hijo, que residia en el seno de su Padre, y al mismo tiempo en medio de nosotros, esta luz que ilumina en medio de las tinieblas, era el que debia manifestar á cada uno de los fieles lo que hasta entonces solo alcanzaban los amigos de Dios, como fueron los Patriarcas y Profetas; ¡cosa que causa admiracion á los mismos Querubines! Él es el que debia anunciarnos la verdad de que el Me-

(1) *Proverb. cap. 30. v. 4.*

sias prometido, de que un hombre Salvador de los demás hombres era aclamado al mismo tiempo con el nombre y tributos inseparables de la Divinidad, como á Dios, Hijo de Dios, y juntamente hombre é Hijo del hombre; en una palabra, él es el que debia enseñarnos, que es Dios encarnado, y que á fin de reconcentrar todas las cosas en sí mismo, unió en su Persona la naturaleza divina con la humana. He aquí lo que verificó durante el curso de su ministerio, persuadiendo á cada paso, que descendió del cielo, y estaba tambien en el cielo, y que era hijo de Abrahán, y al mismo tiempo mas antiguo que este Patriarca.

¡Pero con qué dignidad y con qué espíritu tan profundo habla de tan altos objetos! No le arredran de ningun modo estas maravillas cuya perspectiva arrebatava á los mas ilustres Patriarcas y Profetas, y hace mencion de ellas en un tono natural, como propio del que ha estado entre aquellas divinas grandezas, y se explica como á Depositario de los secretos del Eterno.

8. Del mismo modo obra los prodigios de su Omnipotencia: recorre, por espacio de mas de tres años consecutivos, la Palestina derramando milagrosos beneficios por todos sus habitantes, y él solo es el que no se paga de la admiracion que escita. La resurreccion de Lázaro á quien libró de la corrupcion del sepulcro despues de cuatro dias muerto, solo es en su idioma el despertar á un hombre dormido (1). Di-

(1) *Jo. cap. 11. v. 11.*

ce sin alterarse al paralítico de treinta y ocho años, y como si hablara con un hombre robusto, que cargue con su lecho y se vaya á su casa (1); y con la misma tranquilidad y eficacia manda, y le obedecen todas las enfermedades y todo el infierno. Existe en él el principio de sus divinas operaciones, y nacen por sí solas como de su manantial, y aun á veces parece que se anticipan á sus órdenes. Despues que la Hemorroisa consiguió su curacion solo con tocar el borde de su túnica (2); *yo advierto, dice, que una virtud ha salido de mí*; y esta virtud, dice el Evangelista (3), corria con tanta abundancia que daba la salud á todo el mundo.

No mostró menos ser un modelo de perfeccion que Doctor de la verdad y Señor de la naturaleza. *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (4) dice en medio de una multitud de enemigos atentos y envidiosos, sin que ninguno de ellos responda, sino con injurias vagas y groseras, que declaran la imposibilidad de formar la menor acriminacion fundada. Si le dan en rostro porque trata con frecuencia á los pecadores y publicanos, esto dimana del despecho y orgullo farisaico que grita inútilmente contra el mas humilde, y mas grande de todos los hijos de los hombres.

Es siempre tan indisputable la pureza mas que angélica de sus costumbres, que jamás en todo el curso de su vida osó el odio mas envenenado ca-

(1) *Jo. cap. 5. v. 8.* (2) *Luc. cap. 8. v. 46.* (3) *Ibid. cap. 6. v. 19.* (4) *Jo. cap. 8. v. 46.*

lumniarle sobre este artículo, y se gloria altamente (1) sin que pudiese alguno decirle lo contrario, que su ocupacion no era otra que cumplir la voluntad de su Padre. ¿Y qué diremos de su continua asistencia al templo cuando iba á Jerusalem á la celebracion de las fiestas, y á todos los egercicios de una religion puramente simbólica, y próxima á ser abolida, á la cual honró hasta el último momento determinado por el Señor para la exaltacion de su Cristo? Le devora el celo por la casa de Dios, y este Príncipe de la paz solo se irritó (2) en todo el curso de su vida contra los profanadores que transformaban la casa de oracion en teatro de negociaciones y de codicia sacrílega. ¡Cuánta veneracion manifestó á la cátedra de Moisés, á pesar de la indignidad de los que la ocupaban! ¡Cuánta deferencia y respeto tuvo á los sacerdotes, enviándoles los leprosos que curaba milagrosamente, y sujetando al examen de ellos sus divinas obras! ¡Qué generosidad! ¡qué desinterés! ¡qué desprendimiento de los bienes y grandezas humanas! Estos bienes segun su doctrina son fútiles y peligrosos, y un minero fecundo de miserias y de lágrimas.

El Salvador, mas pobre y necesitado que los habitantes del desierto, que á lo menos no carecen de una cueva que les sirva de albergue, no tiene donde reclinar su cabeza. Intentan los pueblos (3) penetrados de veneracion poner á este Rey de los Re-

(1) *Jo. cap. 8. v. 29.* (2) *Ibid. cap. 2. v. 15.* (3) *Ibid. cap. 6. v. 15.*

yes y Señor de los Señores, que como hijo del hombre era descendiente de David, en posesion del trono que le pertenecia por herencia; pero huye de él, como si tratase de evitar el mayor infortunio. Paga exactamente el tributo (1), y si quiere que se dé á Dios lo que es de Dios, tambien enseña con sus preceptos y con su egemplo dar al César lo que es del César.

¡Qué caridad y beneficencia la suya! Un continuo egercicio de estas virtudes fue su vida pública. Para esparcir por todas partes sus beneficios, recorre sin cesar la Judea y Galilea, y aun los confines de Tiro y Sidon, aunque no era enviado directamente á estas ciudades idólatras. Del mismo modo favorece al Fariseo envidioso, que al mas fiel Israelita; y sujetando sus milagros y su gloria á la mayor utilidad de su pueblo, no hacia en el cielo los prodigios que le exigian los judíos por tentarle, pero libertaba á los endemoniados, curaba á los enfermos de toda especie, resucitaba á los muertos, convertia á los malos, perdonaba los pecados y procuraba por todos medios la salud de las almas y de los cuerpos; sin que fuesen parte á alejarle de este objeto ni la envidia, ni la ingratitude, ni las asechanzas, ni otro ningun peligro ú obstáculo. Quedan atónitos sus discipulos á vista de la intrepidez con que torna al lugar en donde sus enemigos intentaron quitarle la vida (2), y donde faltó poco para que lo consiguieran.

(1) *Math. cap. 17. v. 26. cap. 22. v. 21. Marc. cap. 12. v. 17. Luc. cap. 20. v. 25.* (2) *Jo. cap. 11. v. 8.*

Finalmente ¡cuáles fueron su valor y su divina constancia en la consumacion de su sacrificio, en el que sola su virtud le alentó, sin ningun consuelo ni aplauso de parte de la multitud, que fue testigo de su magnanimidad solo para blasfemar de su santo heroismo! Examinando la perfeccion de la virtud el mas sublime de todos los filósofos (1) encontró, que así como seria el mas odioso de los mortales el malvado que con su hipocresia consiguiera la veneracion y aprecio que se debe á la virtud, así por el contrario debia tenerse en mas estima al justo desgraciado, que siendo digno de todas las recompensas de la virtud, quedase cubierto de todos los oprobios del crimen; de suerte que no teniendo á su favor mas que su propia conciencia se viese condenado por todo el pueblo al último suplicio. Este pensamiento es justo y admirable, y como dicen los padres lo inspiró Dios á un sabio del Gentilismo solo para mostrar su realidad en el Salvador del mundo, con la circunstancia de que supo padecer y morir sin pompa y sin debilidad. Virtud la mas superior á las fuerzas de un mero hombre, y propia del hijo del hombre que es una misma persona con el Hijo de Dios: virtud que le hace parecer todavía mas grande en los oprobios de su muerte que en las mas ilustres acciones de su vida; y que á pesar del escándalo del juicio, y de los desprecios del gentil, imprime en el misterio de la Cruz el sello mas visible de su poder y sabiduria divina. Fue sacrificada esta augusta Víc-

(1) *Plat. de Repub. lib. 2.*

tima solo porque quiso, previó esta muerte anunciada por tantos Profetas; predijo todas sus circunstancias; se entregó á sí mismo luego que sonó la hora del poder de las tinieblas (1), y abandonándose á las manos de sus enemigos, les prohíbe hacer el menor mal á sus discípulos. Ni una palabra pronuncia en su defensa, hace callar á aquella divina elocuencia que tantas veces confundió á la malignidad, y rehusa la proteccion del presidente romano que tantos deseos mostró de libertarle, y á quien esta grandeza tan nueva inspira una admiracion mezclada de terror. No quiere satisfacer la curiosidad de Herodes que le pedia hiciese un milagro, y se truecan las demostraciones de benovolenca de este Príncipe en una compasion tan estéril como insultante. Sus labios solamente se abren para escusar los ultrages cometidos contra él, para pedir gracias en favor de sus verdugos, y para cumplir las profecías hasta la consumacion de todos los misterios. Tiembla entre tanto la tierra, los peñascos se parten, los sepulcros se abren, el velo del Templo se rasga de alto abajo, el sol, sin que ningun obstáculo obscurezca sus rayos, se eclipsa por espacio de tres horas, toda la naturaleza aterrada hace las exequias á su Autor, y para demostrar que su muerte no es efecto de debilidad, da al espirar un grito tan fuerte y extraordinario, que obliga á publicar á los Gentiles, que el que muere de aquella suerte es verdaderamente Hijo de Dios.

(1) *Math. cap. 26. y sig. Marc. cap. 14. y sig. Luc. cap. 22. y sig. Jo. cap. 18. y sig.*

Resucita (1) y aparece triunfante á sus discípulos tres dias despues de su muerte; fortifica á sus Apóstoles que habian de ser la basa de esta Iglesia, que comprende en su seno todas las tribus y todas las naciones; perfecciona su obra, hace reconocer á Pedro por Príncipe del Colegio Apostólico, le confia á él y á sus Colegas la potestad que su Padre le habia dado, y les promete estar con ellos, por medio de su asistencia continua, hasta la consumacion de los siglos. Mas esto no obstante les declara que no podian principiar la grande obra para que los habia elegido, hasta que recibiesen con el Espíritu Santo los dones sobrenaturales que debian llenarlos de fortaleza y heroicidad. *Entre tanto*, les dice cuando iba á subir al cielo, *permaneced tranquilos en Jerusalem hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto.*

9. Dicho esto (2), levantando las manos les dió su bendicion, y en su presencia se elevó á los cielos con todo el esplendor de su gloria, 40 dias despues de su resurreccion; y ellos habiéndole adorado tornaron á Jerusalem segun el precepto que les diera, y pasaron diez dias en el retiro y en la oracion. En esta época, en que se formó la Iglesia ó Congregacion de los fieles bajo el gobierno de sus legítimos Pastores, principia el curso de la Historia que hemos emprendido.

10. El año 33 de Jesucristo, segun la cronología ordinaria, propuso el Apóstol San Pedro, como Vi-

(1) *Math. cap. 28. Marc. cap. 16. Luc. cap. 24. Jo. cap. 20.*

(2) *Luc. cap. ult. v. 50.*

cario del divino Maestro , y Suprema Cabeza de los Apóstoles , que ante todas cosas se eligiese otro en lugar del traidor Judas , que fue uno de los doce <sup>(1)</sup>. En virtud de su primacía y de la soberana autoridad de que estaba revestido se levantó en medio de sus diez colegas y de los discípulos reunidos en Jerusalem en número de ciento y veinte , y les espuso la necesidad de completar el Colegio Apostólico. Todos oyeron con el respeto debido á la Cabeza de la Iglesia , y confirmando su dictámen lo pusieron al punto en práctica.

Dos sugetos fueron propuestos , el primero José , llamado Bársabas , que quiere decir el justo , y el segundo Matías , ambos tan iguales en las virtudes y cualidades necesarias para el Apostolado , que rogaron al Señor determinase la eleccion por sí mismo. Echaron suertes y se declaró á favor de Matías , que de simple discípulo pasó á obtener la dignidad de Apóstol del primer orden. Así fueron ocupadas las doce sillas en que segun la palabra del Hijo de Dios , debian sentarse los Pastores enviados principalmente á las doce tribus de Israel , á las cuales por su incredulidad habian de suceder otras naciones mas dóciles. Además de San Pedro y San Matías , los otros diez Apóstoles eran San Juan y Santiago , hijos del Zebedeo , San Andrés , hermano de San Pedro , que fue el primero á quien llamó Cristo , San Felipe , Santo Tomás , San Bartolomé , San Mateo ó Leví , que habia sido publicano , Santiago el menor , hijo de Al-

(1) *Act. Apost. cap. 1.*

feo y de María prima hermana de la Virgen nuestra Señora , San Simon de Caná , y San Judas Tadeo , hermano de Santiago el menor. He aquí los ministros empleados por el Altísimo para la egecucion de la mas grande de sus obras , y todos á escepcion de Mateo , que habia sido publicano , eran hombres sin bienes y sin letras , nacidos de la ínfima plebe y de egercicio pescadores.

Diez dias estuvieron retirados , hasta que en el mismo de Pentecostes , ó de la oblacion de las primicias del trigo , una de las tres fiestas mas principales del pueblo de Dios , se oyó de repente un gran ruido semejante al de un viento impetuoso <sup>(1)</sup> , que resonó en toda la casa donde estaban reunidos , y al mismo tiempo se vieron unas como lenguas de fuego que descendian del cielo sobre sus cabezas ; eran las nueve de la mañana , que corresponde á la hora de tertia , y en el momento en que se ofrecian en el templo los panes del trigo nuevo.

Tal fue el símbolo de la prodigiosa obra del Espíritu Santo , que venia á llenarlos de su divino ardor. Cuantos le recibieron quedaron transformados en el mismo instante en otros hombres muy diversos de lo que antes eran , dotados de una elevacion de alma extraordinaria , llenos de sabiduría y de luces sobrenaturales , y en una palabra , dignos ministros del Eterno , y Apóstoles generosos del que venció al demonio , al pecado , y á la muerte su compañera. Movidos del sagrado fuego que ardía en sus pechos,

(1) *Act. Apost. cap. 2.*

y que nada fue capaz de extinguir, abandonaron su retiro, y corrieron á predicar públicamente á Jesucristo á los mismos que le crucificaran.

Innumerables Judíos de todas las naciones del mundo se reunieron en Jerusalem con motivo de la solemnidad de la fiesta. Veíanse (1) Partos, Medos y Elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia y del Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene, de Grecia y de Roma, los Cretenses y los Árabes: esto es, Judíos oriundos de estas diferentes regiones, y recién llegados á Palestina. El concurso jamás habia sido tan numeroso en ninguna Pascua, porque segun refiere el historiador Josefo (2) todo el mundo estaba convencido de que iban á verificarse los oráculos de los Profetas sobre la venida del Mesías. Los Apóstoles dieron principio anunciando el Evangelio á esta inmensa turba compuesta de naciones tan distintas, respondiendo á sus preguntas y á sus objeciones. Oíanles todos hablar en su propia lengua de un modo tan fácil y natural, que les parecia haber nacido en su pais aquellos hombres, y lo hubieran creído así á no saber positivamente que eran unos pobres pescadores de Galilea, que desde su infancia habitaban la orilla del lago de Genesareth, donde con su trabajo adquirian el sustento. Nunca se habia notado un prodigio semejante; todos eran de él jueces y testigos, y la calumnia no pudo negar su admiracion.

(1) *Act. Apost. cap. 2. v. 5. y sig.* (2) *Joseph. de bello Judaic. lib. 7. cap. 12.*

11. Entonces levantando la voz el Apóstol San Pedro, esplicó por su orden á aquella multitud todos los misterios que se habian cumplido en la persona de Jesus Nazareno, y les demostró que el Hijo del hombre á quien crucificaron pocos dias antes, era al mismo tiempo Hijo de Dios y el Mesías prometido. Convirtiéronse en este primer sermon tres mil hombres (1).

12. Subió San Pedro al templo poco tiempo despues en compañía del discípulo amado (2), á las tres de la tarde, que era la hora de la oracion; porque mientras existió la Sinagoga (3), á la que respetaron hasta su ruina, los fieles circuncisos practicaron los egercicios de la Ley Mosaica. Hallaron los Apóstoles en la puerta llamada la Hermosa á un pobre cojo de nacimiento, que no podia valerse de sus piernas, y le llevaban todos los dias á aquel sitio para que pidiese limosna. Hacia muchos años que frecuentaba de continuo este lugar, y contaba ya cuarenta de edad; por lo que era conocido generalmente. Espuso sus cuitas á los Apóstoles, y les pidió alivio. El espíritu de Dios advirtió interiormente á uno y á otro el prodigio que iba á obrar por su mediacion. *Atiende hácia nosotros*, responden á este desgraciado en un tono compasivo; egecutólo así con toda la atencion que da la esperanza, y entonces le dijo San Pedro: *no tenemos oro ni plata, pero te daremos lo que está en nuestra mano. En nombre de Jesus Na-*

(1) *Act. Apost. cap. 2. v. 41.* (2) *Ibid. cap. 3. v. 1. y sig.*  
(3) *Joseph. lib. 14. Antiq. cap. 8.*